

incapaces de la ociosidad y del trabajo, se irritaban contra los patronos que cerraban los talleres y se declaraban en huelga contra los que los dejaban abiertos. Ciertos gremios, como el de maquinistas de ferrocarriles, se ligaban para expulsar á los intrusos. Los clubs, y con frecuencia la prensa también, excitaban sus pasiones. Los delegados de Luxemburgo propalaban sus falsas teorías. Los talleres nacionales, aunque hostiles al Luxemburgo, proporcionaban el personal de las manifestaciones. La prefectura de policía alternativamente recomendaba la tranquilidad ó estimulaba el desorden. El gobierno provisional, encerrado en el Hotel de Ville y reducido á la impotencia, se veía obligado á sonreír alguna vez al motín, aun cuando más motivos tenía de lamentarse. En algunos momentos, la agitación era más violenta. En la noche del 29 de marzo, una muchedumbre irritada se dirigió á la calle de Montmartre para destruir la imprenta de Girardin. Casi al mismo tiempo era amenazada la redacción del *Constitucional*. El 2 de abril, unos carteles invitaron al pueblo á reunirse en el Campo de Marte y trasladarse de allí al Hotel de Ville para pedir el establecimiento de una contribución sobre los ricos. Ni aun el ejército escapó á las tendencias anárquicas. Mientras en provincias estallaban sediciones en algunos regimientos, los Inválidos, á pesar de su edad avanzada, cedieron al impulso general: con el pretexto de reclamar la distribución inmediata é íntegra de un legado que sólo se repartía en porciones, se sublevaron contra el gobernador: París vió el triste espectáculo de aquellos veteranos confundidos en el Campo de Marte con los obreros de los talleres nacionales, y empujando, en medio de toda clase de insultos, hasta el Estado mayor de la guardia nacional, á su general, el general Petit, que había encanecido como ellos en los trabajos de la guerra.

VIII

El desorden era casi tan grande en provincias como en la capital. Allí también la buena voluntad y la unión de las personas honradas no habían hecho más que retrasar unos días la explosión de las malas pasiones. El día siguiente á la revolución, una de las fábricas más importantes de Reims había sido incendiada (1). En Rethel, en Romilly-sur-Seine y otros puntos, los obreros habían roto las máquinas de las fábricas (2). En Saint-Etienne, el 13 de abril, un inmenso grupo compuesto en su mayoría de mujeres asaltó los conventos de religiosas de la Reina, del Refugio, de la Providencia y de la Sagrada Familia, con el objeto de destruir, como destruyó en efecto, los aparatos destinados al devanamiento de la seda (3).—En otros puntos eran amenazados los ferrocarriles. En Valenciennes, con el pretexto de impedir la huida de Luis Felipe, el 26 de febrero fué incendiado el puente del Escalad. El 9 de abril, en Troyes, varios obreros amo-

(1) Audiencia del Marne, lo del incendio de la fábrica de Contelle. (*Gazette des Tribunaux*, 8 de junio de 1848.)

(2) Audiencias del Marne y del Aube. (*Gazette des Tribunaux*, 10 y 15 de junio de 1848.)

(3) Audiencia del Loira, devastación de las comunidades religiosas en Saint-Etienne. (*Gazette des Tribunaux*, 5 de julio de 1848.)

tinados, queriendo evitar la llegada de los guardias nacionales, cortaron la línea en una extensión de más de treinta metros, lo que ocasionó el descarrilamiento de un tren en que murió el maquinista y resultó herido el fogonero.—En algunos pueblos, particularmente en el Var y en el Nievra, los campesinos se administraban justicia á sí mismos, tomando posesión de las tierras ó bosques cuya propiedad disputaban á su municipio (4). En el Ariège, los montes del Estado eran literalmente devastados (5). En Castres y Saint-Dizier fueron invadidas las oficinas de las contribuciones indirectas y quemados los registros (6).—En fin, se habían creado clubs, á imitación de los de París, en casi todas las poblaciones de alguna importancia. La mayor parte de los comisarios del gobierno, que ejercían las funciones de prefecto, estaban más acostumbrados á alterar el orden que á mantenerlo. Los clubs les parecían instituciones excelentes. Los periódicos demagógicos encontraron en ellos sus mejores amigos. Las manifestaciones populares les resultaban la cosa más inocente del mundo. De modo que se desarmaban de antemano contra el desorden que habían de reprimir al día siguiente. Más tarde, cuando quisieron armarse de la autoridad, sólo de la arbitrariedad hicieron uso; quisieron mostrarse firmes y sólo fueron violentos. Lo incierto y contradictorio de las órdenes no hacían más que aumentar la confusión. Para colmo de desconcierto, á veces eran nombrados varios administradores para un mismo departamento. Amiéns tuvo durante algunos días cinco comisarios; Caen y Auxerre, cuatro; Bourges, tres; uno solo quizá hubiera sido bueno; dos ó tres se paralizaban mutuamente. En ciertos departamentos, como el Ain y el Doubs, los comisarios no pudieron entenderse, se instalaron en distintas poblaciones y se excomulgaron entre sí á porfía (7). Y no era esto todo. Por encima de los comisarios se habían creado *comisarios generales*. Al lado de los comisarios generales se había organizado, con el nombre de *inspectores generales de la República*, toda una nueva categoría de funcionarios suplementarios. En fin, un club central constituido en París con el nombre de *Club de los clubs* decidió enviar delegados á las provincias para hacer propaganda electoral republicana, y el gobierno tuvo la debilidad de señalarles sueldo (8). Todos estos agentes de diverso orden se disputaban los jirones de su mísera autoridad. Se denunciaban unos á otros á Ledru-Rollín, que tomó el partido de no escuchar á nadie, de no contestar á nadie y de dejarlo hacer todo. Ciertas poblaciones, como Burdeos, Amiéns, Valence y Montaubán, indignadas de aquellas múltiples tiranías, fueron menos pacientes que el ministro y expulsaron á algunos de los comisarios.

(4) Audiencia del Var. (*Gazette des Tribunaux*, 29 de julio de 1848.)

(5) Segunda Memoria de M. Ducos sobre el pase de cuentas de 1848. (*Moniteur*, 26 junio 1851.)

(6) Audiencia del Tarn (*Gazette des Tribunaux*, 14 junio) y Audiencia del Alto-Marne. (*Gazette des Tribunaux*, 19 mayo de 1848.)

(7) Informe de M. Ducos sobre las cuentas del Gobierno provisional. (*Moniteur* del 26 de abril de 1849.)

(8) Primero y segundo informes de M. Ducos sobre las cuentas del Gobierno provisional. (*Moniteur* del 26 de abril de 1849 y del 26 de junio de 1851.)

La agitación había adquirido proporciones particularmente graves en Limoges, Ruán y Lyon.

Limoges, con sus masas obreras y su presidio, encerraba temibles elementos de desorden. El comité revolucionario del primer momento cedió el puesto al comisario del gobierno, Sr. Maurat-Ballange; pero enfrente de éste se alzó un club que, con el nombre de *Sociedad popular*, se propuso ejercer una autoridad absoluta. Contaba cuatro mil socios, y bajo sus auspicios se organizaban con frecuencia tumultuosos paseos á través de la ciudad; los grupos se detenían delante de las casas ricas ó sospechosas para proferir insultos ó amenazas. Maurat Ballange dimitió, y su sucesor, señor Chamiot, aunque afecto al partido radical, no tardó en verse dominado por el poderoso club.

Presentábanse dos cuestiones que resolver: la del trabajo y la de los armamentos. Por un lado, los obreros sin salario á consecuencia de la crisis industrial solicitaban la intervención del comisario, que no podía auxiliarlos por falta de fondos. Por otro lado, los ciudadanos nuevamente inscritos en las listas de la guardia nacional se quejaban de no tener aún fusiles cuando los antiguos guardias se hallaban todavía en posesión de los suyos, y pedían un desarme general para que las armas fuesen luego distribuidas en común por sorteo. Los ánimos se exaltaban cada vez más y era indudable que las elecciones ocasionarían graves trastornos, sobre todo si el resultado de éstas no respondía á las esperanzas de los hombres de desorden (1).

La situación de Ruán no era menos crítica. La burguesía reformista, pero amiga del orden, se hallaba en lucha con la masa obrera, crédula y fácil de extraviar, minada por el socialismo. Los industriales, poco dispuestos á sacrificarse por un poder que parecía abandonarlos, pues Ledru-Rollín les había enviado un comisario afecto al partido radical, cerraron en gran número sus fábricas, de las cuales habían desertado ya muchos operarios. Habíanse creado talleres municipales para remediar la suerte de los obreros sin trabajo, pero en realidad eran focos de insurrección. En vez de trabajar, muchos de los diez y seis mil operarios inscritos en dichos talleres empleaban el tiempo en paseos turbulentos que ocasionaban cierre de tiendas, arruinando al pequeño comercio. De Ruán la agitación se extendía á las poblaciones inmediatas.

Lyon inspiraba inquietudes todavía mayores. Después de la proclamación de la República, una comisión prefectural y una comisión municipal substituyeron al prefecto y al alcalde que se habían retirado. Las asociaciones anteriormente disueltas se reconstituyeron. Una de ellas, llamada de los *Voraces* y compuesta de obreros de la seda y de condenados políticos, se había organizado en Croix-Rousse, formaba un cuerpo independiente, con su policía, sus cuadros y sus agentes de ejecución, y tenía en jaque á todas las autoridades. Fueron destruidas por turbas de forajidos las máquinas de muchas fábricas, devastados los astilleros de los vaporcitos *golondrinas*, saqueados los conventos de la Trapa y de la Sagrada Familia en que se hallaban or-

(1) Audiencia de la Vienne, proceso de los trastornos de Limoges; declaraciones de Bac, Chamiot, Corallu, Tixier y Brunet. (*Gazette des Tribunaux*, números de 16 de marzo de 1849 y siguientes.)

ganizados talleres de trabajo, é incendiado el penitenciario de Oullins, en que había una escuela gratuita de artes y oficios para los niños pobres (2).

Bajo tan tristes auspicios, Manuel Arago, nombrado comisario del departamento del Ródano, hizo su entrada en Lyon, donde se apresuró á imitar al gobierno de París: fué solemnemente proclamada la República; abriéronse oficinas para el alistamiento de la guardia cívica móvil; nombróse una comisión de organización del trabajo y se crearon talleres nacionales. Como la demagogia lionesa encontrase estas satisfacciones un poco vanas, Arago ofreció prendas más positivas. Desde luego decretó la destrucción de las murallas que separaban Lyon de Croix-Rousse; más tarde expulsó á las congregaciones religiosas; prohibió la exportación de valores en metálico y en cantidades que excedieron de 500 francos, y estableció un impuesto extraordinario igual al importe de las cuatro contribuciones directas (3). El decreto en que se tomaba tal disposición añadía que desde el día siguiente (20 de marzo) se fijaría un impuesto suplementario para los capitalistas de los municipios suburbanos. Pero como estas contribuciones no podían remediar en seguida la penuria de las cajas públicas ni las necesidades de los obreros, el comisario echó mano de 500.000 francos que le enviaban de París para el *Comptoir d'escompte* y los aplicó con mucha frescura á los talleres nacionales.

No se desarma á las muchedumbres amotinadas por medio de concesiones; el orden no renacía en Lyon. La bandera roja, enarbolada al primer grito de la revolución, había cedido el puesto en todas partes á la bandera tricolor; pero aunque el emblema de la anarquía había desaparecido, continuaba la anarquía. Los ciudadanos de los arrabales practicaban registros domiciliarios en las casas ricas ó sospechosas. Muchos carruajes eran detenidos y registrados también con el pretexto de ver si contenían armas. Un convoy de mil fusiles, dirigido hacia la frontera italiana, fué asaltado y saqueado delante de la alcaldía de Vaise. Treinta cajas de armas, remitidas de Marsella á Saint-Etienne, tuvieron poco tiempo después la misma suerte. A mediados de marzo, cuando la guardia nacional obtuvo de la población del arrabal la entrega del fuerte de los Bernardinos, se observó la desaparición de nueve cañones, novecientos kilos de pólvora y veintiséis mil cartuchos.

A los clubs de Croix-Rousse no les bastaba acumular cañones, municiones y fusiles; era preciso además debilitar la disciplina en el ejército hasta el punto de reducir la autoridad militar á la misma impotencia que la autoridad civil. En los cuarteles, muchos militares manifestaban lamentables disposiciones. Algunos de éstos peroraban en los clubs y tomaban parte en las manifestaciones populares. Tres sargentos habían remitido al periódico democrático *El Censor* una carta en que protestaban con vehemencia contra los reglamen-

(2) Audiencia del Ródano (*Gazette des Tribunaux*, números del 4 de junio de 1848 y siguientes).

(3) El gobierno no quiso ratificar ni anular la decisión del comisario. Decidió, por decreto de 26 de marzo, que el impuesto de un franco se confundiría hasta 45 céntimos con el impuesto general establecido por el decreto de 16 de marzo, y, en cuanto al resto, sería percibido como impuesto provincial (*Monitor* de 1848, pág. 701).

tos y contra sus jefes. El 28 de marzo ocurrió un incidente más grave que todos estos.

Había entonces en el 4.º regimiento de artillería un sargento furriel llamado Gigoux. Era hombre dotado de cierta instrucción, pero su espíritu de indisciplina le había impedido ascender; esto le tenía descontento y malhumorado. Gigoux había participado más ruidosamente que sus camaradas en la agitación general. Habiéndosele hecho algunas observaciones, contestó insultando gravemente al sargento primero de su batería. No se atrevieron a enviarlo ante un consejo de guerra; se contentaron con imponerle treinta días de calabozo; y como la cárcel del cuerpo no era segura á causa de la efervescencia de la población, se acordó que cumpliera su condena en la ciudadela de Grenoble; y Gigoux salió aquella misma noche de Lyon custodiado por dos gendarmes. Su salida, anunciada por algunos desocupados que se habían agrupado cerca del cuartel, proporcionó al partido del desorden la ocasión que buscaba. Los jefes de club, los obreros de la Croix-Rousse y de la Guillotiere propalaron en seguida la noticia profiriendo quejas indignadas. El día siguiente, un numeroso grupo se fué al cuartel de artillería, precedido de una bandera roja en que se leían estas palabras: *El furriel ó el coronel*. El espíritu de insubordinación era tal, que capitaneaba el motín otro furriel del regimiento (1). Al mismo tiempo, los *Voraces*, con los cuales se reunieron algunos soldados extraviados, invadieron el hotel de la división, reclamaron la libertad de Gigoux, exigieron un rehén hasta que les fuese entregado el prisionero y pidieron en fin la expulsión de los oficiales sospechosos. El general negó desde luego todo cuanto le exigían; á instancias del alcalde y como medida de conciliación, consintió al fin en levantar el castigo al furriel. La muchedumbre se retiró entonces, mas fué para ir al penitenciario militar, donde puso en libertad á cuarenta y ocho presos (2).

Mientras tanto, Gigoux, conducido en triunfo á Lyon, era festejado como un mártir de la democracia. Conternado de un estado de cosas tan perjudicial á la disciplina, el general, para desembarazarse del furriel, alejó el regimiento. Este partió efectivamente, pero se quedó Gigoux, porque Arago había pedido al ministro veinte días de licencia para «aquel sargento cuya presencia en Lyon había de producir el mejor efecto.» El 11 de abril, una turba de paisanos pretendieron que se les dejase entrar en el fuerte Lamothe para fraternizar con la tropa, á cuya pretensión se opuso el general. Los *Voraces* recurrieron entonces á la intervención del comisario y no tardaron en volver de la prefectura con una carta en que Arago pedía á la autoridad militar que accediese á lo que aquéllos deseaban. Pero esta vez el general mantuvo su negativa.

Poderosos clubs, asociaciones como la de los *Voraces* substituyendo á los poderes regulares, el ejército minado en su disciplina, la posesión de los fuertes disputada á la autoridad militar, trastornos diarios amenazando á cada instante degenerar en sangrienta insurrección, y en medio de todo esto, un comisario que

(1) *El 4.º regimiento de artillería en Lyon, en 1848*, relación inédita por M. F. M., capitán del 4.º regimiento de artillería.

(2) Carta del general Le Pays de Bourjolly al ministro de la Guerra, 30 de marzo.

contemporizaba con la agitación, aunque sin obtener nada con sus debilidades, tal era el espectáculo que ofrecía en los meses de marzo y abril de 1848 la ciudad de Lyon. Colocado entre Manuel Arago, comisario, y Francisco Arago, ministro de la Guerra (3), sucesivamente contrarrestado por el hijo y desautorizado por el padre, el general Le Pays de Bourjolly insistió en pedir que le reemplazaran y salió de Lyon el 13 de abril, después de cuarenta días de mando. Inepto y presumido, pero bastante honrado para condenar los supremos desórdenes, Manuel Arago se hastió de su débil y violento proconsulado, y entregó en manos de Martín Bernard una autoridad que él no había sabido hacer útil ni respetable.

IX

Al desorden en la hacienda, á la agitación en las calles de la capital, á los disturbios de provincias se agregaban las dificultades causadas por las pretensiones de los refugiados extranjeros.

Una de las tendencias del liberalismo francés en el siglo XIX consistió en reivindicar una especie de patronato sobre todas las nacionalidades esclavizadas; tendencia generosa, pero quimérica, pues despertaba irrealizables esperanzas. El gobierno de Julio, sin duda para hacerse perdonar su prudente y sabia política, de vez en cuando, más bien alentó que combatió aquellas ilusiones. Los polacos, los irlandeses, los italianos, los demócratas belgas, los demagogos alemanes, todos los oprimidos, en una palabra, y todos los descontentos, todas las víctimas ó pretendidas víctimas de la Santa Alianza y de los tratados de 1815, se habían acostumbrado á considerarse como clientes de la Revolución francesa. Cuando se proclamó la República, se persuadieron de buena fe que alcanzaban la realización de sus deseos; por esto su decepción fué grande cuando la circular de Lamartine les dió á conocer que el nuevo gobierno no se apartaría mucho de las tradiciones diplomáticas hasta entonces seguidas.

Quedábales, no obstante, una esperanza. Si el ministro de Negocios extranjeros y sus amigos tenían empeño en mantener la paz, se sabía que entre la camarilla de Ledru Rollin la idea de la propaganda revolucionaria, aun por medio de las armas, era favorablemente acogida. Como para apoyar esta política de acción, las comisiones extranjeras se habían sucedido en el Hotel de Ville. A partir de los primeros días de marzo, el gobierno recibió sucesivamente los delegados de los carlistas ingleses, de los demócratas de Londres, de los demócratas belgas y de los húngaros. A pesar de lo ardiente de sus deseos, su lenguaje fué moderado. Irritados por sus largos sufrimientos, los irlandeses tomaron una actitud más osada; el 16 de marzo enarbolaron, yendo al Hotel de Ville, la bandera de su país; y la exposición de aquel emblema, signo de independencia nacional, pareció bastante significativa para despertar las susceptibilidades del embajador de la Gran Bretaña: el 3 de abril renovaron su petición de auxilio de un modo tan desembozado, que Lamartine, á fin de acen-

(3) Francisco Arago había substituído, en 19 de marzo, al general Subervie.

tuar bien sus intenciones pacíficas, les contestó con estas memorables palabras: «El que no tiene su sangre en los asuntos de un pueblo no tiene derecho á intervenir ni á poner la mano en los mismos.» Los italianos, más hábiles, porque comprendían que los acontecimientos conspiraban por ellos, procedían con más reserva en la expresión de sus sentimientos. Pero los mas animados de todos eran los polacos. Esparcidos por los clubs y las plazas públicas, complaciéndose en aquellas agitaciones diarias en que hallaban la imagen de las costumbres anárquicas de su patria, crédulos como todos los desdichados, sobrecitados hasta la exasperación por una larga espera, alternativamente admirados por su heroísmo ó temidos por su turbulencia, llenaban la ciudad con sus quejas, con sus reivindicaciones y con sus cóleras. Una tarde, á fines de marzo, se introdujeron en el ministerio de Negocios extranjeros y con su lenguaje casi amenazador intimaron al ministro que no dejase protestar los compromisos de Francia con Polonia. Era tal su agitación, que sólo la elocuencia á la vez persuasiva y firme de Lamartine pudo calmarlos y tranquilizar al mismo tiempo á la diplomacia inquieta.

Lo que mantenía las esperanzas y aguzaba los deseos de los refugiados, eran los acontecimientos de que Europa era teatro. La revolución de Febrero había producido una sacudida universal, como si el suelo minado de mucho tiempo atrás se hubiese hundido de pronto. Milán sacudía la dominación austriaca, y el mariscal Radetzky se veía obligado á replegarse hacia Mantua. Casi al mismo tiempo Venecia organizaba un gobierno provisional. Parma, Módena y Placencia se sublevaban á su vez contra sus príncipes. En Viena, los deseos de reforma se traducían en mensajes amenazadores, y Metternich, atravesando como fugitivo aquella Alemania que tanto tiempo había gobernado, iba á pedir un sailo á Londres. En Berlín se levantaban barricadas. Los Estados secundarios de Alemania sufrían las consecuencias de la agitación general. En Munich, Luis I, príncipe de altas aspiraciones y amigo de las artes, pero dominado por la influencia de una cortesana, se veía obligado á abdicar la corona. Casi en todas partes se promulgaban ó se prometían constituciones. En fin, si la Polonia rusa aún permanecía tranquila, en el gran ducado de Posen y en Cracovia estallaban insurrecciones.

Semejantes noticias, naturalmente, exaltaban las esperanzas. Los infelices expatriados que suspiraban por su país, y los demagogos cosmopolitas que sólo deseaban la anarquía universal, se confundían en un lenguaje común, como si hubiesen perseguido el mismo fin. «Hay que partir, decían á porfía; la República francesa, que no se atreve á tomar la iniciativa, se verá obligada á sostenernos desde el momento que hayamos empezado la lucha.» Así pensando, multiplicaban sus exposiciones al Hotel de Ville; no vacilaban en pedir socorros de ruta, víveres, armas y municiones, y para esto encontraban en ciertos funcionarios adictos al partido demagógico complicidades casi manifiestas. Aquel ejército crecía aún con una infinidad de obreros extranjeros, bastante indiferentes á dichas agitaciones, pero que, expulsados de sus talleres por el espíritu de rivalidad de los trabajadores franceses ó privados de su

salario á consecuencia de la crisis industrial, sólo buscaban los medios de volver á su patria.

En medio de tantos cuidados, una de las principales preocupaciones del gobierno provisional consistía en evitar todo tumulto que, partiendo de París y extendiéndose hacia las fronteras, podía violar la neutralidad de los países vecinos. Lamartine, ministro de Relaciones exteriores, se ocupaba con un celo digno de elogio en aquella obra de paz general. Pero por grandes que fuesen su firmeza y vigilancia, no pudo evitar todas las tentativas de incursiones revolucionarias. A últimos de marzo, varias partidas de saboyanos, que habían ido á Lyon, penetraron en Chambéry, de donde fueron pronto expulsados. En el mes de abril, varios cuerpos de demócratas alemanes pasaron el Rhin y fueron dispersados por las tropas badenses y wurtemberguesas. En fin, intentóse un verdadero golpe de mano sobre Bélgica. Esta última empresa merece ser detenidamente referida, no á causa de su importancia, sino porque ningún otro episodio pinta mejor el desconcierto y confusión de aquella época extraña.

Desde el día siguiente á la revolución de Febrero los demócratas belgas residentes en París habían tomado la costumbre de reunirse: unos en la calle de San Germán de Auxerrois en casa de uno de sus compatriotas, ex oficial de caballería llamado Fosse, y otros en una taberna de Menilmontant, cuyo dueño, el señor Blervacq, era oriundo del Hainaut. Blervacq, que quería establecer la República en Bruselas, acusaba á Fosse de conspirar en favor de una restauración orangista; y Fosse, á su vez, señalaba las tendencias ultrarradicales de Blervacq. Pero unos y otros tendían á derribar el orden establecido, y esta comunidad en el fin perseguido bastaba para impedir toda escisión. Se organizó, pues, una sociedad llamada de *Patriotas belgas*; esta sociedad fué el núcleo de una legión insurreccional; y esta legión, reclutando cierto número de obreros sin trabajo, se hizo en poco tiempo bastante numerosa para autorizar algunas esperanzas (1).

Los jefes de la emigración, Blervacq y Fosse, supieron la llegada á París de un emisario que les enviaban de su propio país; era este emisario un abogado de Gante, llamado Spiltoorn. Tanto en el club de la calle de Menilmontant como en la taberna belga, Spiltoorn no desperdició ocasión para excitar el celo de sus amigos. Puso al servicio de sus compatriotas no solamente su elocuencia, sino que también sus relaciones, que eran preciosas. Amistosamente relacionado con el gobernador de las Tullerías, Imbert, que había vivido mucho tiempo en Bélgica, se hizo presentar por él á Caussidière, prefecto de policía. Caussidière manifestó en seguida las disposiciones más favorables; nada le pareció más legítimo que aquella invasión á mano armada de un Estado neutro y débil. No quiso comprometerse del todo. Sin embargo, llevó su solicitud al extremo de entregar dos ó tres veces á Imbert bonos de víveres para la legión; y aquellos bonos, remitidos por Imbert á Blervacq, fueron cobrados en la alcaldía del octavo distrito (2). Contentísimos de aquellos so-

(1) *Audiencia de Amberes*, sesión del 9 de agosto de 1848 y siguientes: interrogatorio de los acusados.—*Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 14 y siguientes.

(2) *Enquête parlementaire*, tomo II, pág. 16.

cojos, y prontos en exagerar su alcance, los refugiados creyeron inútil seguir disimulando. El 16 de marzo se presentaron ante el hotel del príncipe de Ligne, embajador del rey Leopoldo, y le pidieron en tono amenazador los fondos necesarios para volverse á su país. Recorrieron algunos barrios de la capital gritando: «viva la República belga!» Spiltoorn volvióse á Bélgica á fin de preparar allí el terreno á sus amigos. Pronto el rumor de una próxima invasión adquirió tal crédito, que el general comandante de Tournai preguntó al general Négrier, comandante de Lilla, cuál sería, en tal caso, la actitud de la autoridad militar francesa (1).

Sin embargo, para que su proyecto fuese realizable, los refugiados necesitaban no solamente víveres, sino también medios de transporte, dinero, municiones y armas. La incuria ó la connivencia del gobierno provisional había de asegurarles todo esto. Varios alumnos de la Escuela politécnica, que participaban, en aquel tiempo, de la vagabundería universal, fueron iniciados en el secreto de la expedición é invitados á formar parte de ella. Se avistaron con Ledru Rollín. Este, á ejemplo del prefecto de policía, elogió mucho la empresa; añadió que el gobierno no podía asociarse á ella ostensiblemente, pero que no dejaría de aprobarla si tenía éxito. Y queriendo unir á estos estímulos un auxilio más positivo, el ministro entregó á dichos jóvenes la cantidad de mil quinientos francos y una carta para el comisario del departamento del Norte, Sr. Delescluze (2). Caussidière, por su parte, doblemente contento de desembarazar la capital de una gente turbulenta y de crear dificultades al yerno de Luis Felipe, concedió á los extranjeros requisas en el ferrocarril del Norte, á fin de que pudieran viajar gratis por sus líneas. Las armas y las municiones eran insuficientes; pero en vista de la marcha de las cosas, los belgas podían esperar que municiones y armas les llegarían á punto, como todo lo demás. Se decidieron á salir de París. Dividieronse en dos partidas: la primera, á las órdenes de Fosse, se puso en marcha el 24 de marzo por la tarde, dirigiéndose hacia Valenciennes y Quievrain; la segunda, que había de penetrar en Bélgica por Lilla y Mouscron, partió el día siguiente en dos convoyes, mandados el uno por Bervacq y el otro por un obrero tipógrafo, llamado Carlos Graux.

La tropa mandada por Fosse tuvo poca suerte. Los preparativos de la expedición se hicieron con demasiado poco disimulo para que el gobierno belga los ignorase: éste tenía conocimiento principalmente de la próxima llegada de Fosse y sus compañeros á Quievrain. Para copar á mansalva la partida entera, un ingeniero mecánico belga, M. Gobert, propuso un plan que desde luego obtuvo poco asentimiento, pero que fué coronado del éxito más completo. La estación de Valenciennes era en aquel entonces un verdadero callejón sin salida, pues los trenes que llegaban de París tenían que retroceder algunos centenares de metros antes de tomar la vía de Bruselas. El Sr. Gobert, que conocía la línea, sacó hábilmente provecho de aquella disposición particular. Entró cerca de media noche con dos locomotoras en la estación de Valenciennes. El convoy pa-

(1) *Enquête parlementaire*, tomo I, págs. 274-275.

(2) *Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 17, 18 y 19.

risiense llegó á las cuatro de la madrugada. En el momento en que se desengachaban las locomotoras de la cabeza del tren, el Sr. Gobert enganchó las suyas á la cola y salió á toda máquina hacia Bélgica. Algunos de los emigrantes, entre ellos Fosse, notaron la estratagemma y saltaron del tren, dando el grito de traición; pero la mayor parte no logró escapar. El tren, remolcado por las locomotoras belgas, llegó á las cinco á Quievrain y fué en seguida rodeado por la gendarmería y la tropa. Se registraron los coches, en que se encontraron banderas, proclamas y algunos fusiles. Los franceses fueron enviados á Francia, los belgas á sus casas y algunos cabecillas fueron presos. De esta manera abortó la primera parte de la expedición (3).

La partida mandada por Bervacq y Graux pareció al principio más favorecida por la suerte. La acompañaban algunos alumnos de la Escuela politécnica. En varios puntos los ayuntamientos ofrecieron víveres. El tabernero Bervacq, con una frescura republicana, había tomado para la circunstancia el título de coronel. Ya en camino, envió á Bélgica un emisario para anunciar á sus amigos del interior su próxima llegada. En Douai, los emigrantes encontraron en la persona de Delescluze, comisario general del departamento del Norte, que les había salido al encuentro, un protector más activo de lo que podían esperar. No era que Delescluze tuviese confianza en el resultado de la empresa, pero hubiera creído hacer traición á la democracia si no hubiese secundado un golpe de mano revolucionario. Hizo conducir la columna belga á Seclín, cerca de Lilla, la alojó en las casas del vecindario, le aseguró raciones de víveres, le hizo entregar un sueldo de treinta y cinco céntimos por hombre y por día; y á los 1.500 francos ya entregados por Ledru-Rollín añadió un nuevo subsidio de 1.500 francos (4).

En la mañana del 27 de marzo, la columna belga, aumentada con los restos de la partida de Fosse y compuesta de unos mil cuatrocientos hombres, había acampado á dos leguas de Lilla y á algunas leguas de la frontera. El general Négrier, que mandaba la división, se había enterado con cierta inquietud de la llegada de tales huéspedes. Sin pérdida de tiempo expidió tropas á Seclín para mantener el orden; envió dos informes sucesivos al ministro de la Guerra, y un agente especial á Lamartine para comunicarle lo que pasaba. Pero á los refugiados les asustaba poco aquella actitud de la autoridad militar. Alentados por los estímulos del comisario, contaban con un buen resultado próximo. Mientras tanto, recogían con avidez todas las noticias procedentes de su país. Estas noticias generalmente eran favorables. El día antes se había manifestado cierta agitación en Bruselas; decíase que se preparaban coaliciones de obreros en Tournai y en la cuenca hullera de Mons; anunciábanse próximos disturbios en Gante (5). Los jefes de la legión resolvieron ponerse en marcha. Un solo obstáculo los detenía: la falta de municiones y armas; Delescluze, siempre dádivo, se encargó de proporcionárselas.

Una orden de Arago, ministro de la Guerra, con fe-

(3) *Audiencia de Amberes*, declaración de Gobert, ingeniero mecánico, sesión de 14 de agosto de 1848.

(4) *Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 9, 14, 15 y 19.

(5) *Audiencia de Amberes*, acta de acusación.

cha 26 de marzo acababa de mandar al director de artillería de Lilla que pusiese á disposición del comisario general mil quinientos fusiles y cuarenta y cinco mil cartuchos para la guardia nacional. Delescluze pensó que la legión belga podría utilizar mejor que la guardia nacional aquellos recursos. El 28 de marzo por la mañana transmitió al general Négrier el despacho ministerial, añadiendo que el alumno de la Escuela politécnica Sr. Derón se presentaría aquella misma tarde en el arsenal para hacerse cargo de las armas y de las municiones. Derón era precisamente uno de los jóvenes que habían acompañado á los emigrantes. Si el general hubiese podido conservar alguna duda sobre la naturaleza y el fin de la empresa que se preparaba, aquella carta la hubiera disipado. Recibió, por otra parte, á las seis de la tarde, un despacho telegráfico del ministro de la Guerra, que afirmaba la voluntad del gobierno de hacer respetar la neutralidad del territorio belga (1). Inmediatamente después de haber recibido este despacho, el general dió instrucciones para que la columna belga fuese detenida á las puertas de Lilla si intentaba atravesar la ciudad. Envio su ayudante á Seclín para ordenar á los alumnos de la Escuela politécnica que regresasen en seguida á París. Pero en cuanto á la entrega de las armas, no se atrevió á desobedecer á una orden que era formal y que no había sido revocada. Derón se presentó en la ciudadela é hizo cargar en cinco carros los fusiles y las municiones. A las ocho de la noche, los carros partieron del arsenal y, saliendo por la puerta de Gante, tomaron la carretera de Bélgica. Algunos jóvenes que acompañaban el convoy le hicieron detener á cosa de las once cerca de la frontera y á poca distancia del pueblo de Bondues (2).

Mientras esto ocurría en Lilla, la legión esperaba la orden de marcha: poco antes de las diez se puso en camino. Se componía de veintiuna compañías, diez y siete belgas y cuatro francesas: dijose que en la columna figuraban algunos *Montañeses*. Bervacq, acompañado de tres alumnos de la Escuela politécnica, parecía dirigir la expedición. Por temor de que los emigrantes se extraviasen, Delescluze les había dado un guía; éste era el contrabandista Lahousse-Delmotte, condenado en rebeldía por los tribunales de Douai. El comisario, que nada olvidaba, había llevado su previsión al extremo de asegurar á este hombre un salvoconducto para el caso (3). La columna, dejando Lilla á la izquierda, llegó cerca de las dos de la madrugada al sitio en que se hallaban detenidos los carros é hizo como que los saqueaba. De este modo, cada cual se halló provisto de fusil y cartuchos y dispuesto á entrar en campaña. Pero aquella ganga fué el último favor de la fortuna. Cuando los emigrantes, cansados de su larga ruta, penetraron al amanecer en territorio belga, cerca de la aldea de *Risquons Tout*, se encontraron en presencia de numerosas fuerzas dispuestas á la acción. Muchos de ellos, atemorizados, huyeron á escape ó se refugiaron en las taber-

(1) Se afirmó que instrucciones concebidas en el mismo sentido habían sido enviadas por el ministro del Interior al comisario general, pero que un error telegráfico impidió que el despacho llegase á tiempo.

(2) *Enquête parlementaire*, tomo I, págs. 274-275; tomo II, págs. 1-26.

(3) *Audiencia de Amberes*, acta de acusación.

nas de las cercanías; otros prorrumpieron en reproches contra los jefes, que les habían prometido á su entrada en Bélgica un recibimiento entusiástico, y no tiros. Algunos, más valientes, entraron en fuego con resolución. La lucha no fué larga. A las nueve de la mañana todo había concluido, y los restos de la partida insurrecta eran rechazados sobre el territorio francés, dejando en el campo de batalla varios cadáveres y numerosos heridos.

Después de esta intentona, creyóse prudente abrir en Lilla una instrucción judicial contra Bervacq, uno de los jefes de la empresa, y se le acusó en estilo curialesco «de haber, por medio de actos hostiles, no aprobados por el gobierno francés, expuesto este gobierno á la guerra.» Bervacq, para justificarse, no tuvo más que decir el nombre de sus cómplices. Sus cómplices eran: Caussidière, que había proporcionado víveres á la legión naciente y le había asegurado el transporte gratuito por las vías férreas; Ledru-Rollín, que había entregado un subsidio á los alumnos de la Escuela politécnica encargados de acompañar á los emigrantes; Delescluze, sobre todo, que estimuló, alojó, mantuvo, pagó, armó y guió la expedición. Aquellas persecuciones judiciales no surtieron efecto. Delescluze, mediante otro acto irregular, puso en libertad á Bervacq, y nadie se atrevió á quejarse; porque si la justicia francesa había de verse reducida á castigar tan sólo á este agente obscuro, valía mucho más que no castigase á nadie.

Aquel incidente, tan grave desde el punto de vista del derecho internacional, no tuvo las consecuencias que eran de temer. Lamartine, ministro de Relaciones exteriores, afirmó que había sido ajeno á las tentativas de los refugiados; Europa no vaciló en creerlo y se negó á depurar responsabilidades. Bélgica, gobernada por uno de los príncipes más ilustrados de su época, se repuso pronto de aquella pasajera emoción. La expedición fué llamada, á causa del lugar en que abortó, la expedición de *Risquons Tout* (4); y este nombre, ridículo como la empresa misma, es el que le quedó.

X

Hacienda arruinada, agitaciones diarias en la capital, los departamentos agitados á su vez y gobernados por comisarios más aptos para aumentar la anarquía que para combatirla, los refugiados extranjeros añadiendo á todas estas dificultades su turbulencia y sus pretensiones, tal era el espectáculo que presentaba Francia á fines de marzo y á principios de abril de 1848. ¿Qué extraño que el partido demagógico se aprovechase de tan propicias circunstancias? Apenas terminada la manifestación de 17 de marzo, se preparó otra.

Ya sabemos en qué elementos podían apoyarse los perturbadores.

En primer lugar éstos contaban con los clubs, más violentos y más poderosos que nunca. Para asegurar la unidad en los designios, se habían centralizado en un club llamado *Club de los clubs*, fundado sobre todo con motivo de las elecciones. Algunas de aquellas asociaciones, como la sociedad de los *Derechos del hombre*,

(4) *Risquons tout*, en castellano: «arriesguémoslo todo,» es decir, «juguemos el todo por el todo.»—N. del T.